

tratados que pusieron fin a la guerra europea y se llamaron de paz, resultan el germen de rencores y luchas inextinguibles que auguran nuevas catástrofes, y los Estados, al paso que reconocen teóricamente la fuerza del derecho, en sus actos mismos rinden tributo al derecho de la fuerza, incurriendo en contradicciones que serían de una elegante ironía si no fuesen supremamente melancólicas y llevaran envueltas en sí el desencanto respecto del avance de los principios de la ética internacional.

Entre todos los poetas, quizás amó más que a ninguno otro Carlos Arturo Torres al autor de la *Casa del pastor*, cuyas estrofas tradujo con afortunado esmero; y en toda la obra de éste, su predilección iba hacia ese poema de optimismo y de esperanza en que, abandonando un instante su torre de marfil, magnífica de pesimismo y de elevación moral, Alfredo de Vigny quiso unir su voz al coro de la humanidad para predicar la fe en el mañana: *La botella al mar*. Lanzada en el momento en que el capitán ve hundirse su nave como portadora de un mensaje de ciencia y de verdad, la botella, llevada de un lado a otro por la fuerza de los elementos desencadenados sobre las ondas marinas, llega al fin, tras rudas tormentas, a manos que pueden sacar de ese mensaje la enseñanza renovadora que contiene. Turbios son los días, negras nubes cubren el horizonte; los cárdenos relámpagos que anuncian el fragor de las tempestades ponen escalofrío de angustia en todos los pechos. Que el mensaje en que el espíritu luminoso de Carlos Arturo Torres condensó su seguridad en la victoria del bien sobre el mal en la lucha continua en que se debaten los humanos, llegue hasta nosotros en estas horas para darnos confianza en el porvenir de la raza, la convicción inquebrantable en el engrandecimiento de Colombia.

RESPUESTA A RAIMUNDO RIVAS

Por ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

El señor don Raimundo Rivas ha tenido a bien honrarme con el encargo de dar respuesta a su discurso de recepción. Lo acabáis de oír: es una pieza tan bien pensada como bellamente escrita. Es verdadero discurso académico, digno de la ocasión, del antecesor, de quien hace justo y elocuente elogio, y de la merecida reputación de su autor. El señor Rivas, que quiere ocultar modestamente sus méritos propios, se esfuerza en poner de relieve los del escritor ilustre que honró la silla que él va a ocupar. No es de aquellos que temen empuñarse si reconocen el mérito ajeno.

Las declaraciones de modestia, que en estos casos son de rigor, tienen el carácter de una simple fórmula, cuando se trata de corporaciones como la Academia Francesa, en donde el pretendiente tiene que presentar él mismo su candidatura y solicitar personalmente los votos

de sus futuros colegas; pues con esas gestiones demuestra que se cree con títulos suficientes para aspirar al lauro que ambiciona. Pero el caso es muy diferente en corporaciones como la nuestra, en donde no se usan tales requisitos ni ceremonias; y con personas como el señor Rivas, que directa ni indirectamente solicitó su elección, siendo ésta el fruto de la voluntad unánime de los miembros de la Academia, quienes vieron en él a un distinguido representante de la intelectualidad colombiana, a un espíritu de calidad superior, a un trabajador infatigable en muy diversos campos de la cultura patria, digno, por estos y otros conceptos, de agregar el título de académico de la Colombiana a los que ya ostentaba como individuo preeminente de las Academias de Historia y de Bellas Artes.

El encargo que me ha dado el señor Rivas es para mí muy grato, aun cuando no sea de fácil cumplimiento por deficiencia mía y por la misma riqueza del asunto. No es poca fortuna la de poder unir en un haz dos nombres caros a la amistad y que figuran con honor en la historia del pensamiento colombiano.

Tocome dar la bienvenida en esta Academia a Carlos Arturo Torres, pocos días antes de su partida para una importante misión diplomática de la cual no debía regresar nunca. Al saludar entonces al nuevo académico, me hice intérprete del elemento juvenil de la Academia para rendir un homenaje de admiración reverente a los grandes varones que nos habían precedido en la Corporación y que son glorias inmarcesibles de la patria. Hoy, cambiadas las circunstancias por la acción inexorable del tiempo, me ha tocado recibir a ilustres representantes de nuevas generaciones, no ya con los bríos de antaño, pero sí con igual efusión. ¡Dichoso yo si pudiera ser eco, aun cuando tenue y lejano, de grandes voces ya extinguidas! Pero no hay para qué forjarse ilusiones: esa herencia está reservada a los espíritus superiores.

Por motivos de diversa índole, he podido seguir de cerca la carrera del señor Rivas, desde sus brillantes comienzos, allá en los años de su precoz adolescencia, hasta los días actuales, cuando él ha llegado en diferentes órdenes de actividad a los puestos más altos con que la patria honra a sus servidores más dignos y capaces. Y como es tan frecuente y tan desalentador el espectáculo de tantas vocaciones truncas, de tantos destinos malogrados por culpa propia o de adversas circunstancias, de carreras desarrolladas a saltos sin orden ni concierto, se experimenta un placer al contemplar una que, como la del señor Rivas, se ha desenvuelto de una manera metódica y formal dentro de carriles firmes y seguros, siguiendo una vocación definida y sin otra aspiración que la de perseguir la realización de un ideal noble, patriótico y desinteresado. Nuestro compañero, desde los primeros pasos de su vida intelectual, comprendió que él había nacido para cultivar la historia y el derecho de gentes, y para servirle a su patria en esos dos campos, sin perjuicio de explorar otros, especialmente el de las letras humanas, que tenía también para su claro ingenio poderosos atractivos. Lo que nunca ha tentado su ambición es la lucha ardiente de las pasiones y de los intereses de partido; y no por falta de con-

vicciones ideológicas, que las tiene, y muy arraigadas y definidas como lo comprueban las valientes declaraciones de su discurso, sino por delicadeza estética, por el justo temor de que en el estadio en donde luchan los caballeros hagan irrupción vulgares gladiadores que todo lo fían al imperio de la fuerza bruta. El puede luchar por las ideas, pero sin tener en cuenta los intereses materiales ni cortejar la popularidad, que a otros halaga tanto. La ciencia debe cultivarse por la ciencia misma; la patria debe amarse por lo que ella es y representa para sus hijos. Convertir esos nobles ideales en estímulo para el medro o en medio de satisfacer la vanidad personal, es deslustrarlos y empuqueñecerlos. Quien tal haga, puede tener un gran talento, pero seguramente no tendrá un alma grande.

Las dos aficiones predominantes en el señor Rivas han venido a unificarse en buena parte de sus estudios. Habiendo pasado muchos años de su vida en el ministerio de Relaciones Exteriores, lo atrajo invenciblemente la investigación de nuestra historia diplomática, en sus más puras fuentes, es decir, en los documentos que se guardan en el precioso archivo de ese departamento ministerial. Porque una cosa es la diplomacia estudiada y juzgada en la calle, en los corrillos, en los artículos de los periódicos, y otra la que se conoce estudiando la historia íntima y verdadera de los sucesos. Esta es la única digna de tenerse en cuenta; la que da la clave de hechos al parecer oscuros y difíciles de explicar; la que enseña a comprender una fase original y típica de nuestro modo de ser como nación; la que, con las lecciones de lo pasado, nos permite precavernos para lo porvenir. La diplomacia, vista por fuera o examinada por dentro, ofrece aspectos tan diversos, que a duras penas puede creerse que se trata de unos mismos asuntos. Por fuera, las cuestiones más espinosas se resuelven fácilmente; basta exponer nuestros indiscutibles derechos y obligar a los demás a que los reconozcan en toda la amplitud de nuestras justas aspiraciones. Toda otra cosa es un acto de flaqueza. Y sin embargo, esos arreglos, esas negociaciones, que tantas veces se han mirado con indiferencia, cuando no con notorio desvío, han representado en ocasiones positivos triunfos, le han evitado conflictos al país, han asegurado su posición en el campo internacional. ¿Y qué han obtenido en premio los que tal obra han realizado? A lo más el reconocimiento tardío, si no póstumo, de sus servicios; sin que nunca falten voces de detracción contra los que han sacrificado su tranquilidad en aras de la patria. ¡Ah! Si los archivos hablaran, ¡qué historia tan patética nos contarían de tantas luchas silenciosas; de tantas inquietudes patrióticas; de tantos esfuerzos de inteligencia, de habilidad y de entereza de ánimo para dominar las pretensiones de adversarios poderosos, de enemigos tortuosos y sagaces! Y si se pudiera aplicar un reactivo que hiciera patente lo invisible en esos protocolos tan pulcros, tan tersos, tan elegantemente aderezados, aparecerían huellas de sudor y de sangre del alma. ¡Tanto así ha costado a insignes varones el poner en salvo vitales intereses de la nación!

No todos los trabajos diplomáticos del señor Rivas han visto la luz. Muchos, por su carácter reservado, reposan en el archivo del mi-

nisterio de Relaciones Exteriores, para ilustrar el criterio de la cancillería sobre temas de trascendental importancia. Otros, que son capítulos de historia diplomática, se han publicado en revistas y en folletos; uno ha alcanzado la extensión de un libro, y es el que se refiere a nuestras relaciones con los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX. Allí pueden estudiarse los antecedentes que condujeron a la firma del tratado de 1846, tan criticado en cierta época luctuosa, y que fue, en su día, a la luz de los datos históricos, una negociación trascendental, en previsión de ambiciones ultramarinas que entonces parecían dibujarse en el horizonte internacional.

Cuando el señor Rivas inició sus estudios de historia diplomática, buscó seguramente el patrocinio de una sombra ilustre, de una figura preclara, y procuró seguir la tradición del gran ciudadano a cuya vida y escritos ha consagrado una obra fundamental. Todos comprenderéis que me refiero a aquel sabio y modesto servidor de la república, ajeno a las ambiciones políticas y exento de vanidad, verdadero varón consular y escritor insigne que, en estilo de clásica nitidez y elegancia, expuso los derechos de Colombia en cuestiones de límites, hoy felizmente terminadas. En la lista, no pequeña por cierto, de hombres ilustres que han dejado a la patria un nombre sin mancha y una herencia de gloria, figura el severo patricio que llevó el nombre de Pedro Fernández Madrid.

No se ha limitado a la esfera diplomática la actividad del señor Rivas. En su abundante producción lucen otros libros de historia, en buena parte referentes a su ciudad natal, a la cual se siente ligado por tradiciones de su hidalga familia. Su vocación de historiador hunde sus raíces en el terruño nativo, en el predio de la vieja Santafé, donde vivieron sus nobles abuelos. Hay diversas maneras de cultivar los estudios históricos. Existe, en primer término, la investigación paciente y metódica en los archivos, tan deficientemente explotados hasta ahora entre nosotros, y sin cuyo auxilio nada sólido puede edificarse; y la historia continúa siendo asilo de leyendas y de tradiciones que el tiempo va autorizando, y que se esfuman apenas se analizan a la luz del documento auténtico. Esa labor es dura y fatigosa, requiere inapeable constancia, grande habilidad para descifrar los manuscritos antiguos, y hasta cierto instinto de adivinación que, en la inmensidad de los archivos, conduce al investigador afortunado hasta dar con el documento que necesita. Para formar científicamente a esta clase de trabajadores, hay en otras partes una carrera especial, perfectamente organizada: la de archiveros y bibliotecarios. Aquí el paleógrafo tiene que formarse a sí mismo.

Raimundo Rivas y José María Restrepo Sáenz, otro auténtico hidalgo bogotano, otro buzo admirable de nuestros archivos, han escrito y publicado en parte una obra de grande interés sobre genealogías de las familias de Santafé. Por su cuenta propia nuestro compañero publicó un libro titulado *Los fundadores de Bogotá*, con cuya dedicatoria tuvo a bien honrarme, y que está hecho sobre materiales de primera mano. Por esas páginas desfilan, como en ordenado escuadrón, aquellos audaces españoles cuyos nombres deben estar inscritos

en el frontispicio de nuestra historia. Algunos de estos bocetos son breves: unas cuantas fechas, unos pocos datos biográficos; pero ¡qué labor tan grande representan! El autor es minucioso y fiel; no quiere dejar nada al capricho de la fantasía. Esta obra fue honrada por la Academia de Historia, de Madrid, con el premio de la Raza en 1927.

Si el señor Rivas no hubiera escrito sino los libros citados, sería un historiador eminente pero no presentaría títulos muy notorios para ocupar un puesto en la Academia de la Lengua. Otros libros suyos nos permiten apreciar sus méritos literarios. A éstos debe su ingreso en nuestra corporación.

La historia puede ser puramente documental y científica, pero puede ser también obra de arte. En todos los países hay libros de historia que ocupan lugar eminente en la literatura, lo cual puede comprobarse con ejemplos célebres, desde Heródoto y Tucídides hasta Macaulay, Taine y Herculano. No le es lícito al historiador adornar o deformar la realidad con las invenciones de su fantasía; pero si es artista, puede, sin apartarse de la verdad histórica, infundir la vida en la árida masa de los documentos; resucitar las épocas pasadas; hacernos contemplar el panorama pintoresco de los tiempos idos; trazar retratos de personajes famosos; enriquecer la narración con observaciones propias del moralista y del filósofo, y envolverlo todo en el suntuoso manto de un estilo elegante, vivo y animado, que mantenga despierta la atención del lector. Lo que sí no le corresponde al historiador es usar procedimientos de novelista, a no ser que cultive francamente la novela histórica, que es un género legítimo, enriquecido con obras maestras, especialmente desde los tiempos de Walter Scott y de Manzoni.

El señor Rivas ha sabido aprovechar el estudio de los grandes modelos. Ha admirado el arte exquisito con que Macaulay nos hace asistir al grandioso espectáculo del juicio de Warren Hastings, y la maestría de ejecución con que Prescott pone ante nuestros ojos la regia majestad de la abdicación de Carlos V; él ha sentido la emoción de las evocaciones históricas ante la descripción que hace Michelet, en páginas llenas de colorido, del proceso y martirio de Juana de Arco; o ante el cuadro de la Italia del Renacimiento, trazado por Taine. El sabe que, como lo dijo el viejo clásico español fray Jerónimo de San José en frases conceptuosas, varias veces citadas, el historiador, a modo de Ezequiel, debe soplar sobre el campo de áridos huesos, juntarlos, unirlos y engarzarlos, dándole a cada uno su encaje, lugar y propio asiento; vestirlos de carne y extender sobre ese cuerpo "una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y, últimamente, infundirle un soplo de vida, con la energía de un tan vivo decir, que parezca bullir y menearse las cosas de que trata, en medio de la pluma y el papel".

Entre varios trabajos del señor Rivas que podrían citarse, me limitaré a recordar aquel sabroso estudio que lleva por título *Los amores de Solís*. Escogió para ese ensayo la figura más romántica de la Colonia; no la despojó del prestigio poético que históricamente le corresponde por tantos conceptos, pero no aceptó leyenda ninguna

sin fundamento. Tomó a Solís en el instante en que se embarca pomposamente en un puerto español, y lo deposita en su humilde sepulcro de franciscano, acompañándolo en el intermedio en los varios lances de su carrera y resucitando el ambiente en que se movió aquella figura, tan profundamente española, sin omitir pormenor pintoresco que pueda darnos idea de la vida en la corte virreinal y satisfaciendo, finalmente, la justa curiosidad respecto de la verdadera historia de la mujer que fue amada por el virrey y cuyo nombre dio pábulo a la crónica escandalosa de aquellos tiempos y se ha conservado hasta hoy, no porque fuese ella una de las grandes heroínas de la pasión, sino por el hecho de haber sido dueña por algún tiempo de un corazón que no vino a llenarse sino con Dios. Con ese estudio tendría el señor Rivas título bastante para ser considerado como un eminente narrador; pero hay otros, en las *Lecturas históricas*, no menos atractivos, como los titulados *La encomendera de Bogotá*, *Una mansión histórica*, y las muy profundas *Consideraciones sobre la historia nacional*.

En su último libro, el señor Rivas traza un vigoroso bosquejo de dos figuras colombianas que con su influjo avasallador dominan el panorama de nuestra política por más de medio siglo: el general Tomás Cipriano de Mosquera y el doctor Rafael Núñez. No habría sido digno de un historiador de su clase el aprovechar esta ocasión para desatarse en el elogio incondicional o en la ciega diatriba. Y ciertamente, él no lo hizo. Su objeto fue escribir dos estudios de psicología política. Ese ejemplo de imparcialidad es digno de alabanza, aun cuando no sea forzoso aceptar todas las conclusiones del autor. Es indudable su tesis de que fuerzas extrañas suelen obrar tan poderosamente, en momentos decisivos, sobre las más fuertes voluntades, que en cierto sentido las subyugan y arrastran más allá de la meta que ellas se habían fijado. Pero determinar en cada caso hasta dónde predominaron las circunstancias o si ellas coincidieron con íntimas tendencias del respectivo personaje, es materia que se presta a discusión. Lo que no puede discutirse es la competencia del señor Rivas en el conocimiento de nuestra historia; su fina observación de los hombres y de los hechos; el arte con que abarca el conjunto y los pormenores, y la elegancia de la narración que, en el estudio sobre Núñez, culmina en un rasgo elocuente que un llorado compañero nuestro consideraba como un trozo de antología.

Al elegir la Academia al señor Rivas para ocupar la silla de Carlos Arturo Torres, tuvo en cuenta las afinidades ideológicas que entre ellos existen y que los enlazan al través de los tiempos, y no obstante los profundos cambios que se advierten de una época a la otra. El elogio que ha hecho de su antecesor, lleno de comprensión y simpatía, comprueba suficientemente esa afinidad. Torres fue un pensador político, un sociólogo que habitaba gustoso en el reino de las ideas puras. Coincidió con otros ilustres pensadores americanos en el propósito de realizar una elevada propaganda en pro de un ideal de cultura política, de armonía entre la tradición y el progreso, de lucha civilizada y legal entre los partidos. Fueron profesores de idealismo; y tanto Torres como Rodó, para no citar sino a los muertos, sufrieron

las consecuencias que suele traer este apostolado cuando se desenvuelve en un ambiente caldeado por los pasiones desenfrenadas, por feroces intransigencias de ideas. Hay en nuestras democracias grupos, numerosos por desventura, que sólo se sienten a gusto cuando los mecen vientos de tempestad. Torres tuvo el valor de predicar la paz cuando aún rugía la hidra revolucionaria, y se atrajo rencores que lo acompañaron en el resto de su carrera y no perdieron ocasión de manifestarse en forma ruidosa. Hombre de sensibilidad exquisita, ciertos pérfidos ataques penetraron en su corazón como la hoja de un puñal envenenado; pero permaneció firme en su actitud, como todo el que siente el apoyo de ideas claras y precisas; el que no las tiene, fácilmente se desconcierta y desfallece.

Su talento era principalmente de expositor, más adecuado a la cátedra que al periodismo. De los tres distinguidos escritores que figuraron en la redacción de la primitiva "Crónica", Torres era el sociólogo; José Camacho, el expositor de los problemas de hacienda pública; y Guillermo Camacho, el periodista ágil e incisivo que, en breves párrafos editoriales, daba, en estilo cortado y nervioso, la nota política del día.

En Carlos Arturo Torres el hombre de letras se destaca con fuerza irresistible. Tenía el culto de la belleza ideal, y a esa tendencia predominante en su espíritu se debió en parte el carácter estético de su política. El amor a las letras eleva y dignifica el espíritu y lo lleva a buscar una solución elegante a problemas que otros prefieren cortar con el filo de la espada o con brutales golpes de hacha. Los libros titulados *Estudios ingleses* y *Literatura de ideas* figuran entre lo mejor que poseemos en materia de crítica literaria. Su residencia en Liverpool como cónsul de Colombia, avivó su afición por la cultura británica; en poesía, lo llevó al culto de Shakespeare, y en sociología, al estudio fervoroso de Herbert Spencer, a quien llamó —no sin exagerado encomio— el Aristóteles moderno. Tenía Torres, como crítico, un juicio amplio y comprensivo, un gusto exquisito, refinado en la contemplación del arte antiguo y moderno, una generosa simpatía que le permitía penetrar hasta el fondo de las obras que juzgaba, y una tendencia espontánea a elevarse del caso individual a la región de los conceptos generales y filosóficos. Muy lejos se mantuvo de esa emulación envidiosa que nubla la vista de algunos censores y les impide reconocer el mérito de sus contemporáneos. Con fervientes elogios honró a varios de sus compañeros y tributó respetuoso homenaje a los maestros; porque en la generación literaria de la cual formó parte, no se consideraba como título de honor el mirar con desdén a los predecesores ni se creía indispensable levantar sobre las ruinas de otras reputaciones el edificio de la propia glorificación.

Tenía además Torres otra cualidad que le permitía penetrar más hondamente en el misterio de la elaboración poética; él también era poeta y sentía el hechizo de las formas bellas, el valor estético de un ritmo, de un epíteto original, de una frase armoniosamente construída. No es forzoso que el crítico sea poeta; de hecho, algunos muy insignes no lo han sido. Pero sí parece de la mayor conveniencia que se haya ejercitado en la técnica del arte, que conozca sus secretos, que

sea accesible a la emoción que despiertan en el alma la perfección y elegancia de la forma.

Torres ocupa puesto principal entre los poetas que se desarrollaron en los últimos quince años del siglo pasado, y que, viniendo después de una generación de colosos, mantuvieron con brillo y originalidad el prestigio de la lira colombiana. La fama de sus escritos en prosa ha perjudicado tal vez la que justamente merece como poeta, por esa tendencia exclusivista del público, que encasilla a los escritores en un género determinado y está poco dispuesto a aceptar la preeminencia de un individuo en campos diversos. Influye también el carácter de su poesía que, como la de Núñez de Arce, responde a un ideal de perfección técnica, muy distante de la anárquica licencia de que ahora se usa y se abusa. Era un poeta civil que, como el autor de *Los gritos del combate*, hablaba al público en estrofas enérgicas y sonoras; no un poeta hermético, que guarda para sí la clave de sus nebulosas concepciones. El simbolismo que él cultivó es muy distinto del que se desarrolló entre los sucesores de Verlaine, porque éste se desenvolvió en forma más musical que plástica, y el de Torres, como el de sus maestros, los grandes poetas de *La selva oscura* y de *Eloa*, buscó encarnar la idea en símbolos luminosos, en figuras animadas y vivientes. Pero hay en el poeta simbolista una elevación de pensamiento que lo aísla un tanto del contacto con lo que llaman el gran público, y lo mantiene en la torre de marfil de que habla el grande y solitario Alfredo de Vigny. Por esa razón no es raro que hayan sido tal vez más populares ciertas poesías de Torres, como la dedicada *A los escritores colombianos*, que la admirable meditación *En la abadía de Westminster*, que me parece, por la idea y por la forma, una pieza capital de nuestro parnaso; ni es de extrañar que sean más repetidas las arrogantes estrofas de *Anarkos*, que las delicadas, sutiles y profundas de las *Cigüeñas blancas*, quizá la inspiración más alta de Valencia. Y no es dato indiferente para la historia literaria, que con poca diferencia de tiempo se escribieran esos magníficos poemas simbólicos de dos poetas de diversa escuela, pero hermanos por el culto de la pura e inmaculada belleza.

No tengo nada que añadir a los sugestivos párrafos con que el señor Rivas juzga la obra poética de Torres, tanto en sus versos originales como en sus excelentes traducciones, entre las cuales sobresalen las de Vigny, hechas con el afecto y la comprensión del discípulo hacia el maestro. Nuestro compañero se ha ensayado también con brillo en la crítica literaria; y bien lo prueba en esta ocasión, como lo había ya mostrado en su estudio sobre las influencias que se advierten en la poesía de José Asunción Silva, que es uno de los que debe tener en cuenta todo el que se ocupe en analizar el genio del grande y malogrado poeta bogotano. El señor Rivas tiene un vivo sentimiento de la poesía; su memoria es un vasto archivo de composiciones selectas; y es un estupendo improvisador en verso, que guarda la tradición de un arte en que tanto lucieron claros ingenios en tiempos pasados.

El cultivo de la historia, como el de la poesía, es fuente de goces inefables. El aspecto mismo de los archivos, la tranquilidad que reina

en su recinto, el ambiente de vetustez que allí se respira, la inmovilidad de los códices que por siglos han estado esperando la mano piadosa que los abra y acaricie sus folios, todo eso inspira paz y serenidad; todo eso aleja el ánimo de las mezquinas realidades del mundo y confiere al investigador de buena fe una especie de investidura sacerdotal, como intérprete de lo que fue e imparcial juzgador de los actos humanos.

Me figuro que de esas hojas amarillentas surgen voces misteriosas, pronunciadas levemente en un idioma arcaico que revela otro estado social; y que se van diseñando figuras extrañas y atractivas de damas y caballeros, de garnachas y de guerreros, de monjas y de prelados, no como desnudos espectros sino ataviados con esas ricas galas que hoy son ornato de los museos; y que, agrupándose luego, desfilan unos en brillantes cabalgatas y tejen danzas en los saraos; otros desfilan devotamente en las procesiones, y los más audaces perturban la tranquilidad de los montes en partidas de caza o acuden de noche a las encrucijadas en donde se fraguan los duelos y las aventuras, o entonan al pie de las rejas de las hermosas cantos de amor, aprendidos en los vergeles de Triana o de Sevilla. A veces se abren los antros en donde las hechiceras preparan sus temidos sortilegios, antes de salir en vuelo errático sobre la ciudad dormida. Y cuando la ilusión desaparece, queda flotando en el aire un aroma deleitoso, y las páginas, antes muertas, conservan la animación de la vida.

Y ¿qué decir de la poesía? Ella también se inspira en el espectáculo de la vida humana; pero más libre en sus movimientos que la historia, la cual debe ceñirse a los datos auténticos, tiene un amplio poder de interpretación, y, recogiendo el rumor oceánico de la humanidad, junta esas voces discordantes en un haz de armonías transcritas en una clave superior cuyo secreto sólo posee el que ha recibido la unción como sacerdote de las musas. Canta lo mudable, lo incompleto, lo transitorio, dándole los caracteres de lo perfecto y perdurable. Cuando ella falta, dijérase que faltara el agua del cielo, y la vida se arrastra por cauce árido y polvoroso; cuando aparece, con fulgor como de aurora boreal, ilumina los horizontes oscurecidos y resuena una música, no forjada al ruido de los talleres y de las fábricas, sino urdida en esas regiones del ideal en donde se ordena la danza armónica de las esferas.

Se dirá que todo esto es sueño, es ilusión; pero sin sueños ni ilusiones, ¡qué poco valdría la existencia! ¿No alzamos con efusión los ojos a nuestras estrellas predilectas? ¿No imaginamos que nos miran sonrientes y compasivas? ¿No las hacemos confidentes de nuestros íntimos sentimientos? ¿Podríamos vivir sin el consuelo de contemplar el cielo estrellado? Y sin embargo, ¿qué son en realidad para nosotros esos astros inmensos cuya luz nos llega al cabo de millares de años y de centurias? ¿Qué hay en esas moles gigantescas que nos parecen trémulos puntos de oro? No lo sabemos; ellas nos ignoran; pero al fin y al cabo... ¡son las estrellas!

Señor Rivas: os doy la más cordial bienvenida en nombre de la Academia Colombiana.